CRISIS CATEGORIAL DE LA UNIVERSIDAD

POR

WILLY THAYER

Escuela de Filosofía de la Universidad ARCIS

En diciembre de 1994 la Vicerrectoría Académica de la Universidad de Chile convocó a un seminario sobre la universidad, en el contexto de la creación de la VI serie de sus *Anales*, publicación fundada en 1843. El texto de la convocatoria invitó a conversar y a escribir sobre las siguientes cuestiones: ¿Qué es hoy una Universidad Nacional? ¿En virtud de qué la Universidad de Chile puede seguir llamándose Universidad Nacional? ¿Cuáles son y cuáles debieran ser las relaciones entre Estado y Universidad? ¿Cuál debiera ser el nuevo contrato entre universidad y sociedad? ¿Qué debiera entenderse por productividad cuando este concepto se aplica al trabajo universitario? ¿Cómo evaluar dicha productividad?, etc.

Aunque con ese evento la universidad hacía hincapié en la crisis excepcional en que se encuentra —crisis que afectaría el diseño global de la universidad en tanto universidad moderna estatal; crisis que la obligaría a plantearse esta serie de interrogantes sobre su sentido, su necesidad y relevancia históricas; sobre las pertinencias de su estilo, su diseño disciplinar y genérico, su orgánica, y los fueros contemporáneos de su tradición— parecía, al mismo tiempo, querer neutralizar dicha excepcionalidad convocándonos, enfáticamente, bajo su norma, su normalidad, al acompañar la convocatoria con una “normativa escritural”¹ a la que habían de ceñirse los escritos solicitados. Con dicha normativa, la universidad pareció precaver hablas “exteriores”, no reconocibles universitariamente, impresentables todavía en el claustro, mientras la moderna constitución lingüístico-disciplinar del saber pueda preservarse en medio de la facticidad vertiginosa que la envuelve, sin reverenciar memorias, estilos, diseños y tradiciones. La universidad protege su tradición y con su tradición se protege, en los momentos en que es avasallada, desde el extramuros, por el mercado post-estatal.

Sin embargo, el tono, los tópicos y las preguntas que nos convocaron, incitaban a rebasar el límite académico, poniendo sobre la mesa cuestiones que, excepto en tiempos de crisis, se conservan bajo ella sin trizar el funcionamiento cotidiano de la universidad, a saber: el sentido, el interés extra-universitario de la universidad, su fundamento, las fuerzas extra-disciplinares que la hacen necesaria más allá de sí misma. Al mismo tiempo, se nos provocaba hacia la cuestión léxica del cómo, en qué lengua escribir de la

¹ Dieciocho acápites reglan el formato escritural para los ensayos.

universidad; porque escribir de ella como ella lo hace sería traicionar, desde la partida, el intento de referirla. Hablar no universitariamente de la universidad era, creo, el verdadero desafío de esa convocatoria. Y el más seductor en tanto el de más improbable cumplimiento. Pues no tendríamos otra lengua, comunicacionalmente pertinente, que la lengua universitaria. ¿Cómo no hablar entonces —repetimos la fórmula del comienzo— universitariamente de la universidad? ¿En qué lengua leer la lengua universitaria? ¿Cómo prevenirnos de su estilo para, una vez, ganándole las espaldas, cobrar autonomía discursiva a su respecto? Y en caso de lograrlo, ¿cómo hacernos oír por ella? Y, ¿cómo hacerse oír sin dejarse asimilar? Y, ¿cómo no dejarse asimilar y ser tomados en cuenta?

Se trataba, entonces, de una incitación a hablar y pensar la universidad con inscripciones y nociones que en principio desbordaran lo académico. Vislumbres que permitieran dar cuenta del sistema de límites, el derecho, el lenguaje y sentido, la necesidad y exclusividad de la universidad en este contexto: dar cuenta de su significante. Se nos invitaba a pensar el acontecimiento universitario, sustraídos de él. De modo que ese pensamiento no “acontecido” pudiera orientar a la universidad en medio de los eventos en que se hallaba, tal vez para siempre, sumergida, ignorante de lo esencial que modernamente tendría que saber: saber qué pasa, y qué le pasa a ella en medio de lo que ocurre; cómo va la historia, su historia; saber del presente, o de la imposibilidad de tal presente. Saber que le otorgaría autonomía de viaje en medio de la contingencia.

Creo, por último, que se incitaba a resistir la modernización evocando preguntas modernas; resistir conservadoramente, entonces, como si hubiera llegado un tiempo en que toda resistencia adopta la forma de la conservación, el regreso y la memoria.

Mediante la convocatoria, la Universidad de Chile desairaba la *performance* general de la transición² en que la modernidad decide abdicar —y esta sería su última decisión— toda responsabilidad y autodeterminación, entregándose a la heteronomía de los hechos: la modernización. La Universidad de Chile resistía transferir su sentido a la mera acción y reacción de los estímulos y vacíos del mercado, exigiendo un meta-pensamiento del acontecer universitario. En medio de la transición —del alejamiento definitivo de la modernidad, según veremos— la convocatoria demandaba pensar modernamente. Tal vez para sucumbir pensando modernamente la muerte de la universidad moderna.

Por cierto, el evento al que con tanta cordialidad y entusiasmo se nos convocó no tuvo lugar. Y aunque lo hubiera tenido —valga como consuelo— no se habría llevado a cabo.

² No se entiende aquí la “transición” como el proceso posdictatorial de redemocratización de las sociedades latinoamericanas, sino, más ampliamente, como el proceso de “modernización” y tránsito del Estado nacional moderno al mercado transnacional post-estatal. En este sentido la transición es primordialmente la dictadura. Es la dictadura la que habría operado el tránsito del Estado al mercado. Tránsito que eufemísticamente se denomina “modernización”. Modernización sería un “buen decir” que apunta simultáneamente, al menos, en cinco direcciones generales: 1) el proceso de ilustración en el actual contexto de crisis de lo ideológico. 2) El afianzamiento de la economía de la producción a escala planetaria. 3) La revolución tecnológica que nos haría transitar de un contexto mercantil estatal-industrial, a un contexto mercantil transnacional telemático (telecomunicaciones e informática). 4) El desplazamiento del eje docente desde una experiencia nacional, histórico-estatal, a una descentralización informático transnacional. 5) La urgencia de disponer la educación nacional en estas direcciones. La modernización no consiste, por tanto, en un proceso de acercamiento a lo moderno, sino de alejamiento definitivo de la modernidad.

Inevitablemente habría caído fuera de la convocatoria, fuera de la modernidad, en plena modernización. La misma convocatoria estaba caída en ella cuando nos demandaba pensar modernamente con carácter de “urgencia”:

se ha venido haciendo notar la necesidad urgente de construir un pensamiento que reformule la misión y la razón de ser de la Universidad de Chile. [...] Progresivamente vemos cómo nuestro espacio histórico se pierde, y no parecemos capaces de generar otro. Resulta urgente, por esto, confrontarnos sobre la necesidad de nuestro espacio, por la posibilidad misma de esta espacialidad.

Se requería un pensamiento que permitiera pensar las urgencias en que prolapsa la Universidad de Chile. Tales urgencias dicen relación a la imposibilidad que la Universidad sufre de pensarse a sí misma y a su contexto —tal vez porque ya no hay un contexto. Imposibilidad que la deja a la deriva de los acontecimientos transicionales que condujeron a la universidad, y al sistema educacional en general, desde una regulación estatal nacional hacia la irregularidad mercantil transnacional. Caída en los acontecimientos transicionales, expulsada del refugio estatal a las calles del mercado, dislocada de sus hábitos, su paradigma, su familiaridad, su tradición, la universidad reclama, urgentemente, un pensamiento que la oriente en medio del bosque mercantil.

El carácter urgente de la convocatoria nos dispone, desde ya, fuera de la tranquilidad del pensamiento entregado a su propio ritmo analítico, tras la muralla, la distancia crítica moderna que suponía la moderna universidad. El tono urgente incita a pensar que es la heteronomía de la universidad dispersándose en el mercado la que convoca, y no la universidad misma desde su interioridad propietaria.

UN POCO DE HISTORIA

La ausencia de pensamiento fundamental sobre la universidad, sin embargo, no sería sólo cuestión de la actual coyuntura en que la universidad transita del Estado al mercado; en que el Estado hace efectivo el traspaso de la responsabilidad educativa al mercado, cuestión que oficialmente recibe el nombre de “modernización de la educación” (Brunner 7). Mientras la Universidad de Chile fue aparato pedagógico del Estado, tampoco se hizo preguntas fundamentales. La universidad nacional chilena no sólo no fue reflexivamente autónoma respecto de los intereses del Estado moderno, fue, en general, su cómplice (véase Serrano). Lo fue, necesariamente, cuando formó parte del proceso de creación del Estado moderno; lo ha sido en períodos de democracia; lo fue durante la dictadura y lo es ahora en el evento de la “extinción del Estado”. Es imprescindible analizar por qué la universidad moderna en Chile careció de pensamiento fundamental, de una facultad de filosofía en sentido kantiano. Y por qué sólo en el momento de la extinción de la universidad Estatal —extinción de manos del propio Estado moderno que decide “auto-extinguirse” o transitarse post-estatalmente al mercado, mediante los regímenes militares— surgen preguntas que no surgieron, que no pudieron surgir, ni siquiera en el momento de la fundación de la universidad moderna en el siglo XIX. La Universidad de Chile nunca pensó su fundamento. Ni siquiera en el momento “fundacional”, con Andrés Bello. No era

necesario. No era posible hacerlo, en la medida en que la universidad nunca necesitó, en Chile, ser filosóficamente fundada. Pues aquí sólo se repetía, más o menos “paródicamente” (Ramos), lo que había sido fundado en la modernidad europea (Marchant). Si la universidad fue instalada en este país, ello no se debió a una decisión moderna reflexionante, sino a un interés inercial e instrumental; a unas urgencias de disponerse el Estado nacional chileno en la modernidad, en la reiteración “criolla” (Hegel) de la filosofía europea de la libertad y del progreso.

Lo preeminente de esta convocatoria respecto de otras —preeminencia que puede ser también espejismo del mercado— es que repite las preguntas originalmente fundantes de la universidad moderna europea. Y las repite mecánicamente ahora, en castellano, según la necesidad que da a todo evento la proximidad de la muerte.

MODERNIDAD, MODERNIZACIÓN

En el curso de la tradición moderna, la reflexión autónoma exigía la entrega leal y la obediencia estricta del pensamiento a la necesidad de su *foro interno*. Dicho *foro*, sin embargo, nunca fue, para la modernidad, algo ganado y asegurado de antemano. Por el contrario, el pensamiento moderno debió batallar crónicamente por su autonomía, produciendo las condiciones de su libertad interna en el *foro* externo de los prejuicios y coacciones en que históricamente se vio sumergido. Ello tiene que ver con la idea de que lo racional es mucho más el principio que nos asegura permanentemente la emancipación, que el poder de someter a cálculo y medida los acontecimientos. Por lo mismo, el pensamiento moderno se afirmó como teoría crítica, como pensamiento que no se agota y consume en el acontecimiento, sino que es capaz de pensar el acontecimiento remontándose fuera de sus condiciones, para orientarse desde ahí. Se afirmó por lo tanto como acontecimiento que piensa el acontecimiento. El primado teórico crítico moderno nunca ha significado, por lo mismo, impermeabilidad y autocomplacencia, soliloquio del alma consigo misma, respecto de su contexto, la modernización. La reflexión moderna, el modernismo crítico, se conjugó frente a la modernización bajo el principio de que la “posibilidad”, el sentido, es más que la efectividad, y que sólo gracias a tal posibilidad no efectiva los hombres y mujeres, caídos de facto en la modernización, podrían ser, a la vez que objetos de modernización, sujetos de Ella, principio de sentido y de conducción de su facticidad. La crítica de la modernización, en la modernización, consistía en hacer ver la arbitrariedad y contingencia de todo aquello que se manifestaba necesario y eterno; y hacer ver la coacción y necesidad de todo aquello que se autoafirmaba como libre albedrío y autonomía.

Me quiero referir expresamente a esta cuestión del pensamiento modernista, y al vacío de este pensamiento, en el actual contexto de la modernización, demarcando tentativamente los conceptos de “modernidad” y “modernización”.

Si la vida, las prácticas científicas, políticas, artísticas, educativas, los quehaceres cotidianos, así como los grandes descubrimientos en las ciencias físicas, la industrialización, las transformaciones del conocimiento científico en tecnología, la mutaciones del entorno, el auge de los sistemas de comunicación, la masificación educacional, las alteraciones demográficas, las transculturaciones, los movimientos sociales, y el mercado capitalista

mundial siempre en expansión, modernamente eran acompañados y conducidos por narraciones trascendentales de sentido, filosofías de la emancipación del sujeto en el proceso de producción e invención de su vida (Lyotard); si eran, a la vez, críticamente acompañadas por la discusión hiperbólica sobre las condiciones y límites de toda orientación metodológica o ideología; si la modernización “clásica” siempre fue acompañada por un modernismo resistente, en el actual contexto de modernización viviríamos el trance del debilitamiento de tales narraciones o filosofías de la historia, conjuntamente con la desazón de la posibilidad crítica del pensamiento que nos aseguraba la distancia y la autonomía respecto de ellas mismas. Al mismo tiempo experimentaríamos el fortalecimiento operacional de las prácticas. Estas prácticas cada vez más operativas, eficientes, sin metarrelato de sentido y sin teoría sobre el suelo (o abismo) que sustenta, o no, el método que las guía, podrían ser una primera traducción de nuestro actual vocablo “modernización”. Se llamaría moderna, por contraposición a modernizada, a toda práctica (política, universitaria, doméstica, etc.) que no sólo se guía por la inmediatez operacional de su método, sino que se orienta, en última instancia, por una filosofía de la historia o ideología decidida permanentemente desde la “discusión hiperbólica” (Descartes) de sus condiciones. Moderna es la ciencia, la política, la educación que se piensan en el sentido del progreso emancipatorio. Y que piensan, a la vez, las condiciones de lo emancipatorio y del progreso (Kant). Modernización nombraría, por tanto, la transición de una modernidad ideológica y reflexiva, a una modernidad sin ideologías y sin hipérbole crítica. En este sentido la modernización sería un proceso de alejamiento y no de acercamiento a lo moderno.

No obstante, cualquiera podría observar que en el contexto de la modernización, más que nunca, las ideologías han proliferado. La modernización sería paulatinamente más pluralista, tolerante, democrática respecto de lo ideológico y de la crítica. La idea de que toda ideología, en la medida en que se disponga convivencialmente, ha de ser admitida en la carta de la democracia, sería uno de los síntomas preclaros de la muerte o declinación de lo ideológico moderno. El debilitamiento de lo ideológico tendría que ver con su proliferación. ¿Cómo ocurriría esto? Sería el arruinamiento de lo ideológico, como principio de conducción de las prácticas, lo que haría posible la proliferación de las ideologías. En tanto ninguna conduce ni puede postularse ni desearse como conductora de la vida, parece fácil que puedan disponerse, una al lado de la otra, como en una fiesta de disfraces y emblemas, donde la inusualidad de la heráldica aviva el festejo sin intervenirlo. La tensión, el conflicto, la confrontación y censura ideológicas provendrían de un contexto donde se piensa que es la reflexividad ideológica lo que conduce la historia, el Estado, la educación. Modernamente la ideología, la disputa y confrontación ideológica, regula los acontecimientos. La modernización percibirá, en cambio, toda conducción ideológica del proceso político, educativo, etc., como tiranía de lo ideológico sobre los hechos (el mercado); como traba de la que es indispensable liberarse, a riesgo de perder fluidez. La modernización sería el contexto donde prolifera lo ideológico, pero ya no en su función de comandancia, sino de variedad, *menú* de oferta y consumo; de adorno simbólico, tino de *marketing* e incidentalidad de escena. Cuestión del bien vestir de un discurso: lo ideológico es derrotado en su espesor semántico; pero recobrado, al instante, en su liviandad sintáctica.

Los hechos gobiernan.

La crisis de la modernidad remite a la derrota de las ideologías por los hechos. Pero en la modernidad también ocurrió que los hechos triunfaron frente a las ideologías. Se podría aseverar incluso que los hechos siempre han sobrepasado al sentido. Modernamente, sin embargo, fue posible sobreponerse a la irrupción de los hechos y al imperio de su lógica. La modernidad se habría caracterizado, y así podría definirse, por esta sobreposición ideológico-discursiva respecto de los acontecimientos. (Rojas 43)

Lo específico de la modernización consistiría en la imposibilidad de sobreponerse discursiva y críticamente al acontecer. Porque no se trata de la mera destrucción de una u otra ideología por los hechos, sino de la devastación de la posibilidad de lo ideológico en cuanto tal. No sería posible ni deseable recuperarse ideológicamente de lo que acontece. No sería ya posible constituirse en sujeto, en principio de sentido respecto de lo que acontece. La tripartición entre el campo de la realidad, el campo de la representación y el campo de la subjetividad ha dejado de operar. La interacción de los flujos semióticos, materiales, sociales operan más allá de su posible recuperación en un metalenguaje (Guattari). La modernización anula toda ilusión moderna y nos instala en la lucidez o la ceguera de la facticidad. La modernización nos conduce desde el entusiasmo moderno que confronta idearios para la conducción de los hechos, hacia el cinismo desilusionado que habita el acontecimiento en la lucidez y el “humor” de la indiferencia.

Y si lo que globalmente acontece en la actualidad recibe el nombre de “capitalismo avanzado”, “sociedad post-industrial”, “capitalismo mundial integrado”, etc. (Guattari 17), este capitalismo no sería ya una ideología. Lo característico del capitalismo, en la sociedad contemporánea, es su destrascendentalización, su facticidad pre-discursiva, su posibilidad de funcionar técnicamente sin reflexividad, tecnológicamente entonces. El capitalismo actual revelaría que toda ideología, incluido el socialismo, habría servido como medio fáctico para su afianzamiento post-ideológico. Al capitalismo no le sería esencial la democracia, como piensa Fukuyama. Se habría desplegado con dictaduras de distinto signo (Guattari).

Modernización apunta no sólo a la crisis de las ideologías apunta también, a la crisis categorial. Las categorías modernas para representar y reflexionar lo que acontece universitariamente, habrían periclitado. Cuando se habla de la crisis de la educación moderna, se habla de la inaplicabilidad, total o parcial, de estas categorías para el análisis y entendimiento de la contingencia. Se habla de un desplazamiento del saber, el poder, la educación y las prácticas, fuera de los márgenes categoriales modernos de la universidad, y también de la política. La quiebra de la universidad y la de la política modernas serían inseparables. Lo serían mientras la arquitectónica moderna de la universidad coincida con la arquitectónica moderna de la política. Crisis (no progresista), entonces, de las categorías modernas para el análisis del saber; y también crisis (no progresista) para el análisis del poder.³

La crisis no moderna —crisis de la crisis, por tanto— refiere también a la quiebra de la representación, cuestión a que habíamos aludido. La crisis de la universidad coincidiría con la imposibilidad de su relato, de una narración que la totalice sistematizando los

³ “Propiedad”, “autonomía”, “centralidad”, “modos de acción”, “subordinación”, “expresión” (véase Deleuze, *Foucault*).

lugares y signando las jerarquías. Todo intento de representar o dar cuenta discursiva del estado de cosas del saber (y del poder) en la actualidad es excedido por una facticidad que no se deja traducir a una cartografía general. Se trata, por tanto, de la impertinencia no sólo del código moderno, sino de cualquier código.⁴ Se refiere la imposibilidad de una cartografía general del estado de cosas en curso. No se trataría, entonces, de una crisis de conceptos ante la irrupción de una nueva categorización de relevo (Deleuze), de la emergencia de un mapa frente a la inmersión del otro; se trataría de la crisis de lo categorial sin más. Crisis que no puede, por lo mismo, representarse. Carecemos de categorías para analizar el acontecimiento de la crisis de las categorías. En este sentido, tenemos que reconocer, no sabemos qué ocurre con la universidad ni con la política. Carecemos de un saber para orientarnos en los hechos, “y estamos perdidos en ellos como los periodistas en las noticias”.

PENSAMIENTO EN LA FACTICIDAD

No es posible pensar categorialmente el presente universitario, ni el presente en general.⁵ No es posible, hoy, el gesto kantiano en la pregunta “¿Qué es la ilustración?” ¿Qué es el presente? (Foucault). Nos sentimos indiferentes ante toda categorización, pero incómodos sin ella. Si trascendental y categorialmente todo nos “da igual” respecto de la universidad y de la política: “Dios ha muerto” (Nietzsche); fácticamente nada nos es indiferente, y cada gesto recupera su necesidad profana. La ruina de la duplicación trascendental nos sitúa, a la vez, en la imperiosidad fáctica de los estímulos.

Bajo la fórmula “pensamiento urgente”, se ha requerido un pensamiento fundamental —metanarrativo— para replegarse y orientarse en los eventos mercantiles, sin desdoblamiento que impliquen retardos o fallas de fluidez. ¿Qué tipo de pensamiento sería ese —si lo hubiera— que nos permitiera “pensar”, desde los acontecimientos, la caída irrecuperable del pensamiento moderno en la contingencia?

Se trataría de no dejarse ir en la obligatoriedad de los estímulos. Cuáles sean los estímulos fácticos en que se halla caída la universidad parece inmediatamente obvio en las urgencias actuales de la Universidad de Chile. Tales estímulos son los que habría que diferir, si lo que se quiere lograr para ella es su autonomía, no moderna, en la facticidad.

⁴ “Hasta hace poco cuanto menos el debate sobre la enseñanza, el saber y la universidad podría ser defendido en términos de responsabilidad; y las instancias invocadas —Estado, soberano, pueblo, saber, acción, verdad, universidad— tenían un lugar asignado, determinable y, en todos los sentidos de la palabra, representable en el discurso. Un código común podía garantizar, al menos la creencia en una mínima traducibilidad de todos los discursos sostenible en ese contexto. ¿Cabe decir lo mismo actualmente? ¿Cabe una escucha que permita debatir juntos sobre la responsabilidad propia de la universidad? Si un código garantizase una problemática, cualquiera que sea la discordancia y cualesquiera que sean las contradicciones de las fuerzas presentes, nos sentiríamos mejor en la universidad” (Derrida).

⁵ Tal vez porque no es posible ya un presente, o la unidad representacional de ese presente. Pese a que la instantaneidad informacional del mundo globalizado nos situaría a “todos” en lo mismo, en las mismas imágenes, la proliferación de las imágenes del mundo haría estallar la unidad del mundo. La proliferación de las imágenes del mundo periclitó su unidad representacional, de modo que no habría ya mundo, sino imágenes que no conforman mundo alguno.

BIBLIOGRAFÍA

- Brunner, José J. "Los desafíos de la educación chilena frente al siglo XXI". Mimeo. Santiago: Comité técnico sobre la Modernización de la Educación Chilena, 1994.
- Deleuze, Gilles. *Foucault*. Barcelona: Paidós, 1987.
- _____. *El pliegue*. Barcelona: Paidós, 1989.
- Derrida, Jacques. *La filosofía como institución*. Barcelona: Juan Granica, 1984.
- Foucault, Michel. "¿Qué es la Ilustración"? *Saber y Verdad*. Madrid: Ediciones de la Piqueta, 1985.
- Guattari, Felix. *Cartografías del deseo*. Santiago: Francisco Zegers, 1989.
- Hegel, W. *Filosofía de la historia universal*. Madrid: Alianza, 1982.
- Marchant, P. *Escritura y temblor*. Santiago: Cuarto Propio, 2000.
- Nietzsche, F. *Así habló Zaratustra*. Madrid: Alianza, 1972.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Rojas, Sergio. "Fin del texto: historia, poder y reserva". Documento. Universidad ARCIS, 1991.
- Serrano, Sol. *Universidad y nación*. Santiago: Universitaria, 1994.